

EL VALS DE STRAUSS



¿ONSEGUIRA sobrevivir la gran coalición después de las elecciones presidenciales de la Alemania Federal? ¿Qué fórmula será la que la sustituya? A las cuatro de la tarde del miércoles 5 de marzo, cuando Kai-Uwe von Hassel se levantó de la butaca, estirándose la cola del frac, y leyó los resultados del segundo escrutinio de las elecciones presidenciales, los socialistas se sintieron presa del pánico. Salieron precipitadamente de la sala y formaron pequeños grupos en los pasillos, pidiéndose instrucciones unos a otros. Su líder, Willy Brandt, con aspecto cansado, los ojos hinchados, pámulos enrojecidos, habló un momento con Scheel, jefe de los liberales, luego tomó por el brazo a Helmut Schmidt, presidente del grupo, y desapareció detrás de una cortina. El que reía despreocu-

pado, seguro de sí, era Josef Strauss. Con aire tranquilo se dirigió al «buffet», más alto, más ágil, con el pelo y la piel más rojos que lo que dejan entrever las fotos de los periódicos, y pidió una botella de agua mineral. «La gran coalición —me dijo— ha sido una buena experiencia. Pero ya no tiene razón de ser...». En aquel momento, la gran coalición, la alianza en el gobierno de los dos partidos alemanes más fuertes atravesaba una crisis total. Desde hacía seis horas, los delegados del partido socialista, en estrecho acuerdo con los liberales, votaban en bloque contra sus socios, los demócrata-cristianos, y éstos, a su vez, trataban de ganar para su candidato, sin ningún pudor, los votos determinantes de los veintidós delegados neonazis del NPD, el partido que, oficialmente, el ministro del

Interior, Ernst Benda, demócrata-cristiano, debía declarar fuera de la ley.

GOBERNAREMOS SOLOS

La gran coalición está en crisis, sobre todo por lo que respecta a los socialistas. A fuerza de avalar, como miembros del gobierno, la política de represión policíaca contra la oposición extraparlamentaria, están perdiendo definitivamente el contacto con las jóvenes generaciones. Los jóvenes lanzan invectivas contra el SPD, más incluso que contra los neonazis. En torno al palacio de la Asamblea, para tener en jaque a unos pocos centenares de muchachos que tiraban bolas de nieve y distribuían un folleto titu-

lado «Spartacus», se había desplegado una fuerza de ocho mil policías armados hasta los dientes. Estaban allí también en nombre de la socialdemocracia.

Strauss me invitó a su mesa y me ofreció una copa.

—Los socialistas —me dijo— existen desde hace un siglo, pero en el gobierno han estado muy pocos años, casi todo el tiempo lo han pasado fuera, en la oposición. Y así han ido perdiendo el sentido de la realidad. Por eso fui favorable a la gran coalición. La gran coalición ha servido para hacerlos responsables, más concretos, para que afrontasen los problemas reales. Al mismo tiempo los hemos separado de la izquierda radical, de los sectores más extremistas, que ahora se rebelan contra ellos...

Volvió a reírse, satisfecho, mirán-



La elección de Heinemann como presidente de la República Federal ha sido un duro contratiempo para Strauss. Las ideas del presidente son opuestas a la línea del intransigente ministro, que esperaba ver despejado su camino hacia la Cancillería si Schroeder hubiera resultado elegido. En las fotografías, Josef Strauss, en Baviera, practicando el montañismo.



Estamos completamente de acuerdo con usted en que es un placer la velocidad conduciendo un «supercoche» Pero..... ¿responden los frenos?

Usted que ha tenido la suerte de que su coche de serie le haya salido potente, veloz, capaz, extraordinariamente bueno, un auténtico «supercoche», sabe que precisamente por eso necesita frenos potentes, unos frenos «responsables».

(Es peligroso circular con una potencia extra sin unos frenos extra).

Y los frenos responden a una orden imperiosa si llevan un buen líquido de frenos: el extra oculto del perfecto frenado:

Un buen líquido de frenos se atreve a todo, no teme al frío, ni al calor, ni a la contracción, ni a las gomas y en absoluto perjudica al metal.

Así es el líquido de frenos Krafft (que tiene un tipo de líquido para cada modelo de coche en serie, para cada «supercoche»).

¡QUE BUEN EXTRA OCULTO!

Y es uno sólo de los 70 extras ocultos Krafft. Pregúntele a su mecánico de confianza.

Krafft[®] los «extras ocultos» para «supercoches»

EL VALS DE STRAUSS

dome directamente con sus ojos vivaces.

—Ha sido una experiencia útil —repitió—. Pero el juego ha durado bastante: si continuase podría suponer daños irreparables tanto para nosotros como para ellos. En Alemania estamos creciendo impetuosamente en todos los terrenos. Estamos en vísperas de un nuevo «boom», de un nuevo milagro económico, y, como es natural, se agudizan las tensiones de la sociedad, crecen las presiones en los extremos de la misma. La alianza con los socialistas nos asegura una sólida mayoría, pero nos deja las espaldas al aire en el país, tanto en lo que a la izquierda como a la derecha se refiere. Divididos, podremos absorber mucho mejor las presiones centrifugas; nosotros en la derecha y ellos en la izquierda...

No hace falta preguntarle a quién tocará dejar el gobierno, si a ellos o a los socialistas. Las dos únicas hipótesis que está dispuesto a tomar en consideración son las de la mayoría absoluta para la CD U-CSU (cristianodemócratas y cristianosociales), o de una fuerte mayoría relativa.

—En el primer caso —dijo secamente— no hay problema: gobernaremos solos. Cuando un partido dispone de la mayoría absoluta, debe gobernar solo. Excepto en caso de guerra... Si, por el contrario, no conseguimos más que una mayoría relativa, tendremos que volver a la coalición con los liberales.

—¿Pero los liberales no forman bloque con los socialistas, por lo menos en las elecciones presidenciales?

—No todos, no todos; en la primera votación interna se dividieron y muchos se negaron a seguir la disciplina de grupo. Sin embargo, se trata sólo de una maniobra pre-electoral. Los liberales buscan votos entre la izquierda, en las ciudades, y han de batirse en campo socialista. Y hacen bien. Pero después de las elecciones las cosas cambiarán: lo único que desean los liberales es volver al gobierno. Y en Alemania al gobierno se vuelve sólo con nosotros.

Sin embargo, los liberales, bajo su nuevo jefe, Walter Scheel, han asumido últimamente posiciones muy avanzadas, a menudo más avanzadas que las de algunos socialistas, por lo menos en lo que respecta a dos puntos fundamentales: las exigencias de los jóvenes y la política hacia el Este. ¿Cómo piensa conciliar Strauss estas exigencias liberales con la tradicional orientación de su partido? Strauss lo pensó un momento, luego contestó:

—Las exigencias de los jóvenes? Se trata de reformas escolares, todos estamos de acuerdo.

Pero inmediatamente reaccionó con violencia:

—Por lo demás, hay que parar a estos locos que no piensan más que destruir todo lo que el pueblo alemán ha creado después de



la guerra. ¡Es hora de decir basta! Strauss se lanzó con todo el peso de su prestigio y de su poder en apoyo de Gerhard Schroeder, candidato a la presidencia. Fue él quien trató personalmente con los liberales disidentes, los del grupito del antiguo dirigente del partido Erik Mende, disociado públicamente de las decisiones del partido, votando a Schroeder, y cinco o seis franco-tiradores anónimos.

Ante todo quería desembarazarse definitivamente de un posible rival para la Cancillería; en segundo lugar tenía ganas de ver en la presidencia de la República a un hombre que nunca ha ocultado su aversión hacia la alianza con los socialistas.

Mientras me hablaba, tras el segundo escrutinio, Strauss estaba seguro de vencer: «Gustav Heinemann ha perdido terreno —observa—, y bastaría con desplazar tres votos». De vez en cuando se interrumpía, miraba alrededor y llamaba con gesto autoritario a este o aquel delegado. Le tiraba de la manga, le susurraba algo al oído, le despedía sonriente. Encontraba tiempo

para bromear con los periodistas y con los operadores de la TV, que con las telecámaras apuntando al cielo esperaban la llegada de los Mig soviéticos. «Id a comer —les decía—, no llega nadie, los rusos no se mueven». ¿Seguía convencido de la oportunidad de celebrar las elecciones en Berlín? ¿No le parecía un error? ¿Había llegado, según él, el momento de contemplar con más realismo la existencia de la otra Alemania?

Hemos llegado al núcleo de su posición política. Con sorpresa, reanudando el diálogo, me di cuenta de que en este terreno Strauss no ha cambiado nada y sigue más decidido que nunca a no hacer ninguna concesión.

—¿Ulbricht? Es un «clown» y se ha cubierto de ridículo. Había proyectado una serie de medidas que luego no ha podido llevar a cabo: los rusos no le permiten moverse.

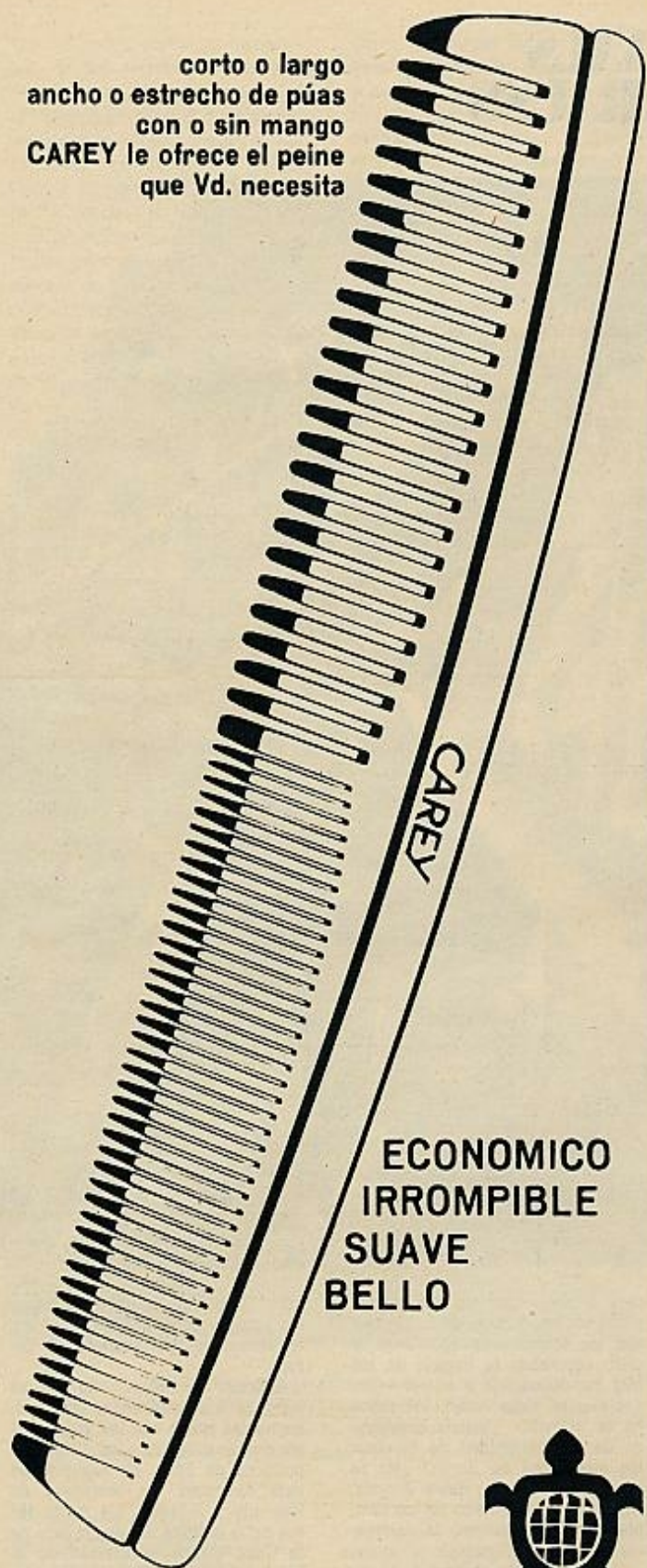
Pero, ¿qué hay de la distensión? ¿El respeto del «statu quo»? ¿No se prepara Nixon a tratar con los soviéticos? Hablando con Strauss es fácil darse cuenta de que en este terreno se siente se-

guro. Dice conocer muy de cerca los estados de humor del presidente americano con respecto a Europa.

—Nixon —afirma— no dejará nunca a Alemania en la estacada, no tratará jamás con los soviéticos sin contar antes con los dirigentes políticos de Bonn. No repetirá, en esta dirección, las tentativas de Kennedy y Johnson. Un punto firme de la política del nuevo jefe de la Casa Blanca (a Strauss no le cabe duda alguna) es su plena solidaridad con los aliados atlánticos.

Se puede estar en total desacuerdo con las concepciones políticas de Strauss, pero no se puede negarle claridad y coraje. Desde hace tiempo, Strauss dice hasta el fondo su pensamiento, describe, sin medias tintas, su ideal, que es el de una Europa unida bajo la guía de Alemania y de Francia, una Europa rearmada, con un potencial atómico autónomo, bastante rico y bastante fuerte para ejercer una sólida atracción sobre los estados de la Europa oriental y obligar a pactar a los soviéticos. Así se llega a la reunificación de Alemania, en-

corto o largo
ancho o estrecho de púas
con o sin mango
CAREY le ofrece el peine
que Vd. necesita



ECONOMICO
IRROMPIBLE
SUAVE
BELLO



CAREY
el peine de la tortuga

Fabricado por IPECSA Carretera de Aragón-Km. 11,300 - Madrid-22

EL VALS DE STRAUSS



tendida como la simple absorción de la Alemania oriental por parte de la República Federal.

LA HERENCIA DE ADENAUER

La única variante con respecto a sus tesis de hace algún tiempo es una ligera desilusión con respecto a Francia y a De Gaulle.

—Francia —dice— ha sufrido pruebas duras en los planos económico y social, mucho más de lo que parece. Aunque el gobierno y los sindicatos lleguen a un acuerdo, Francia está amenazada por una grave crisis. Si cede el gobierno, se inaugurará un período muy difícil para la economía. Si no cede, la tensión social podría crecer en el país, con consecuencias imprevisibles. En cualquier caso, el franco volverá a tener dificultades.

¿Y entonces? Y entonces «no queda más que Alemania».

—En Europa no se puede hacer nada sin París o contra París. Pero es Alemania la que debe sacarla adelante. Sacar adelante a Francia, a toda la Europa occidental. Y esto exige una revisión profunda, radical, del papel político confiado a Alemania después de la guerra.

Según Strauss, el propio Nixon está convencido de esta necesidad; una vez convencida América, los demás le seguirán los pasos.

—Se ha perdido demasiado tiempo con las indecisiones de los americanos, por un lado, y las de los franceses, por otro. A este período de indecisión corresponde en Alemania el gobierno de coalición con los socialistas. Ahora, con Nixon en la Casa Blanca y con Francia en crisis, es hora de recuperar el tiempo perdido.

Ahora está claro el sentido de los proyectos de Strauss. A los veinte años de la segunda guerra mundial, Alemania ha llegado a una encrucijada: la gran coalición no ha resuelto ninguno de los problemas fundamentales, ha representa-

do solamente un período de espera, un ambiguo aplazamiento. Partiendo de posiciones opuestas a las de Strauss, también lo reconocen los socialistas: «No teníamos más remedio —dice Brandt—; teníamos que digerir la herencia de Adenauer, detenemos un momento a reflexionar, hacer balance, buscar otras vías».

La tregua les ha costado muy cara a los socialdemócratas alemanes. Las últimas elecciones en los Länder han ido mal para el SPD, y sólo por dos o tres votos han evitado los socialistas una derrota en las votaciones para la presidencia de la República. Ni son demasiado prometedoras las perspectivas inmediatas, sobre las que pesa una doble incógnita: los resultados electorales, que difícilmente representarán para ellos un éxito, y la frágil alianza de los liberales, sobre cuya volubilidad Strauss quizá se equivoque.

La elección de Heinemann ha servido por lo menos para esto: para descubrir el juego, para poner brutalmente al desnudo todo lo que está bajo las cenizas de la coalición. Las declaraciones hechas por Heinemann, tras su elección, son antitéticas a la «línea Strauss»: no al rearme, no a la represión, no al revanchismo. La tregua no podía haber sido denunciada con mayor claridad. Sólo el grito de victoria lanzado por Heinemann sobre el «cambio de poder» que representa su elección parece exagerado. El poder en Alemania está en la Cancillería, el cargo del presidente de la República es más o menos honorífico.

En la Cancillería, las federaciones socialdemócratas del medio Rin tienen como candidato a Willy Brandt; los cristiano-demócratas y los socialcristianos, encabezados por Strauss, han reaccionado con violencia extrema. La lucha acaba de empezar. ■ LINO JANUZZI.

(Reportaje gráfico:
BENNO WUNDSHAMMER,
CAMERA PRESS-ZARDOYA)